

Feto del verbo, feto de los nomes

Grupo de Trabalho "A Terceira" - Lalíngua

Ana Virgínia Rizzi
Inajara Erthal
Manuela Lanius
María Rizzi
Simone Brenner
Soraya Maihub Manara
Tahiana Brittes

*Por cómo no ascender a la ausencia de voz -
Allí donde podemos ver el feto mismo del verbo -
todavía no hay movimiento.
¿Dónde podemos ver el feto de los nombres?
todavía no hay pelusa.
¿Por qué no volver a tantear las primeras formas?
de la piedra escuchando
Las primeras llamadas de los pájaros. A ver
Los primeros colores del amanecer.
¿Cómo no volver a donde la intención es virgen?
¡Por qué no ascender de nuevo al tartamudeo!
(Manoel de Barros, Ascensión - 1916)*

Hemos estado estudiando el texto de la Tercera de Lacan en nuestro Grupo de Trabajo sobre Convergencia. Con el acercamiento del VIII Congreso Internacional de Convergencia, Movimiento Lacaniano para el Psicoanálisis Freudiano, tenemos la oportunidad de lanzar la propuesta de articulación sobre *lalangue*, tema que siempre produce mucho trabajo para reflexiones y elaboraciones.

Empezamos con unas preguntas que se enlazan con preguntas que surgen desde la clínica. ¿Qué podemos pensar sobre la ética del psicoanálisis en los análisis cuando el paciente es un niño, teniendo en cuenta los tiempos de la infancia y sus incidencias clínicas? Lo que queda de los supuestos fundamentales de Freud y lacanianos cuando se trabaja con ellos? ¿Qué, en esta particularidad clínica, podemos diferenciar, innovar, mantener o reafirmar? ¿Habría alguna especificidad que hiciera de esta modalidad de trabajo otra modalidad de escucha?

Cuando Freud se ocupa de textos situados como los Fundamentos del Psicoanálisis, refiere un *impasse*. Necesita transmitir algo de su experiencia clínica, sin embargo, teme que esto se convierta en reglas o normas fijas -lo que sería un gran peligro para el Psicoanálisis- por lo cual debemos estar atentos. Se reivindica, pues, todo el cuidado, rigor y fidelidad a la técnica, independientemente del paciente o incluso del momento.

¿Cuál sería la regla que se conserva como quizás la que hace posible el trabajo analítico? Freud insiste en la Regla Fundamental: asociación libre y atención flotante:

Su narración debe diferir en un punto de una conversación común. Si bien normalmente y correctamente trataría de encontrar el hilo en el contexto general de su narración, rechazando todas las ocurrencias y pensamientos adyacentes para no perderse en digresiones, proceda de otra manera aquí. Notará que se le ocurrirán varios pensamientos que desea evitar con ciertas restricciones críticas. Estarás tentado a decirte a ti mismo: esto o aquello no viene al caso, o no tiene ninguna importancia, o no tiene sentido y, por lo tanto, no es necesario decirlo. Nunca cedas ante esta crítica, dila de todos modos, precisamente porque te sientes rechazado ante ella. La razón de esta prescripción -de hecho la única que debe seguir- la conocerá más adelante y aprenderá a comprenderla. Así que di lo que te venga a la mente. Comportate, por ejemplo, como un viajero sentado en la ventanilla de un tren que describe a los que están más lejos, por dentro, cómo va cambiando el paisaje ante sus ojos. Y finalmente, nunca olvides que prometiste total sinceridad, y nunca pases por alto algún hecho solo porque por alguna razón esta información te resulte desagradable. (FREUD, [1913] 2019; p.136)

Esta es la regla que rige el trabajo del psicoanálisis. Tan simple y tan complejo. Es a partir de esta regla que Freud señala la posibilidad que tenemos de acceder a lo que estamos tratando en un análisis: el inconsciente.

En el camino de análisis de un tema, se trata de que el sujeto pueda decir todo lo que se le ocurra, haciendo uso de este recurso fundamental que es la asociación libre en transferencia. Sólo así, para Freud, lo inconsciente podrá sorprendernos, dándonos noticias de su existencia, fuerza, oscuridad, misterio.

Muestras de lo inconsciente no se dan en lo profundo, como se suponía en un principio, sino en la vida cotidiana, en los sueños, en los actos fallidos, en los lapsus, en la

vergüenza, en las bromas, en los juegos, en el arte, en fin, en nuestros síntomas. Síntomas que nos hacen sufrir, que nos ponen en causa pero que también nos constituyen. Son los síntomas de cada uno, necesariamente individuales y muy singulares.

Nuestros síntomas son nuestras formas singulares de lidiar con nuestro inconsciente. No sabemos el origen de lo inconsciente, sin embargo habita en nosotros y nos hace no sólo descifrarlo, sino también lidiar con él, mucho antes de que nos demos cuenta. Sabemos de lo inconsciente porque tenemos síntomas, porque soñamos, porque cojeamos, porque hablamos/no hablamos, aprendemos/no aprendemos, somos muy activos/no nos movemos; en fin, porque los tenemos.

El lenguaje, para Lacan, en su ordenación en los cuatro discursos, es una estructura que permite que algo se comunique en el lazo social, en tanto que no hay posibilidad de habla que no esté por el bañada de sentido y sin que desfilen los semblantes bajo el silbido del fantasma –realidad única de cada *hablaser*-. En el texto que nos reúne, “La Tercera”, Lacan escribe con todas la letras: “todos estamos sujetos al principio de realidad, es decir, al fantasma” (p. 58). Sin embargo, *lalengua* no está sujeta a una organización que sirva para un diálogo entre dos hablantes, ya que es una materia sonora que corre paralela a la estructura. *Lalengua* vocaliza la unidad sonora más pequeña: el fonema ([1972-1973] 1985).

¿Tal vez podríamos preguntarle a Lacan si no trabajamos, incluso, con más elementos más mínimos que esa unidad definida como fonema?

Advertidas de que los efectos del lenguaje atraviesan a los hablantes, independientemente de los lugares que ocupen, sean sujetos de análisis o sujetos que se lanzan al lugar de analistas, abordamos el debate atentos a la ética que nos capacita para escuchar: “ningún psicoanalista avanza más allá de lo que le permiten sus propios complejos y resistencias internas” (FREUD, [1910] 1996, p. 130).

La transferencia funda la posibilidad de escuchar lo que trae consigo *lalengua*, lo real de la voz y, por otro lado, de lo no vocalizable, que aparece en un cuerpo en movimiento o

en tensión, en un suspiro, en un temblor, lamentos, balbuceos, ronroneos¹, ruidos, fluidos corporales, elementos más mínimos que un fonema.

El analista agujerea, fractura el discurso, da paso a lo que no tiene forma.

Trabajamos con la hipótesis lacaniana de que *lalengua* sería el aluvión del lenguaje recibido por el sujeto a través de la materia sonora y que repercute en una escritura propia, marcando profundamente caminos únicos para el paso de significantes que irán de uno a otro en una cadena, y que resuenan en las variadas formaciones del inconsciente y otras formaciones psicopatológicas, como por ejemplo, las formaciones psicósomáticas. Lo que se incorpora a lo simbólico, del cuerpo, hará soporte al sujeto como red de significantes y retornará como su representante en sus manifestaciones. Son estas marcas las que compilarán la memoria histórica de cada uno.

Restan, también, indicios de la incidencia de la mirada, cuya captación es casi inevitable, dada su potencia de empuje. Según Lacan ([1972-1973] 1985), *lalengua* sería lo que primeramente afecta al ser hablante en sus percepciones más arcaicas, en cuanto transmite afectos, en una dimensión inaccesible al habla enunciativa. Desde *La Tercera*, Lacan agrega:

Lalengua no se dice viva porque está en uso. Es incluso antes de la muerte del signo que transmite. No es porque el inconsciente esté estructurado como un lenguaje que *lalengua* no tiene que jugar contra su goce, ya que ella misma está hecha de ese mismo gozar. (LACAN, [1974] 2002, p. 53).

Operando con la palabra, el psicoanálisis no puede hacerse sin el sujeto encarnado, se trata del cuerpo marcado por los efectos del lenguaje, más aún, se trata del saber en lo que se perpetúa, como en la *técnica de la regresión infinita (mise en abyme)* algo del significante que no encuentra vías de inscripción y que se desencadena en la

¹ Lacan, [1974] 2002, p. 54

imago corporal. Un cuerpo que a veces se conecta a la gramática significativa, a veces cede a los avances del goce, que le deja sus cicatrices.

Jugamos poéticamente con esta “ascensión” al inconsciente, proponiendo el “acceso” al feto del verbo, al feto de los nombres, con Manoel de Barros. Y con la canción Timoneiro como canta Paulinho da Viola, “cuando alguien me pregunta cómo nadar, explico que yo no navego, es el mar el que me navega”.

Freud repite a menudo sus recomendaciones sobre cuántos cuidados, precauciones y preocupaciones hay que pueden impedir un trabajo analítico. He aquí que, en los análisis de los niños, muchas veces nos enfrentamos a situaciones en las que quizás deberíamos volver a las reservas que hacen Freud y Lacan a lo largo de sus obras.

Salvedades que pueden alejarnos de la regla fundamental.

En cada momento tenemos que saber cuál debe ser nuestra relación efectiva con el deseo de hacer el bien, el deseo de curar. Tenemos que considerarlo como algo que probablemente nos desvíe del camino, y en muchos casos, instantáneamente. Diría más: se podría paradójicamente, o incluso contundentemente, designar nuestro deseo como un no-deseo de curar. Esta expresión no tiene otro significado que el de advertir contra los caminos comunes del bien, como tan fácilmente se nos ofrecen en su inclinación, contra el fraude benéfico de querer-el-bien-del-sujeto. (LACAN, [1959-1960], p. 267).

Acompañan a un niño que llega, demandas que se acercan a este con ganas de hacer el bien, de sanar, de cuidar su desarrollo, su futuro. Por lo general, se trata de solicitudes de ayuda que no provienen del propio paciente. El niño suele ser traído por alguien que es la voz de una preocupación *-pre-ocupación-* ya sea de familiares, escuela, médicos u otros profesionales que acompañan al niño. Peticiones de diagnóstico, cuidados para su desarrollo y su futuro, para el pronóstico, para la mejora, para que las cosas estén bien, para que el sufrimiento disminuya y para que los síntomas se curen. Esa es por excelencia la llegada de un paciente a un médico o a aquellos profesionales que están en el lugar de curar, de producir mejoras para los pacientes, de garantizar quizás un futuro de

bienestar, salud y felicidad. Son promesas que, en el campo del psicoanálisis, no podemos cumplir, ni siquiera prometer sin situarnos en otra ética, que no es la del Psicoanálisis.

Al principio, Freud, un neurólogo, recibe en su consultorio pacientes que le piden que los cure de sus síntomas. Aquí, Freud se encuentra ante un callejón sin salida, descubre que ante esos síntomas, ese sufrimiento, su saber médico no opera, al contrario, corre el riesgo de empeorar la situación. Freud asume entonces un saber que no sabía con certeza quién sabía. Saber que no incluye la buena voluntad, el bienestar, la felicidad, el buen comportamiento, el buen desarrollo.

Como dice Maud Mannoni: Un saber que no se sabe - La experiencia analítica.

Este es el comienzo del psicoanálisis, quizás, de un análisis.

Nos acompaña una pregunta: ¿podríamos considerar esta pregunta para acompañar algún análisis? ¿También el análisis de un niño?

En el caso de un niño, es común que no ocurra ese callejón sin salida freudiano, sino la inversión de lo que sería el comienzo de un análisis.

En primer lugar, se supone que la solicitud que llega quizás no sea la suya, ya que se suele decir que un niño no presenta su propia demanda de análisis. ¿Es así? Si es así, ¿podríamos hacer un análisis cuando el sujeto en cuestión no nos pide que escuchemos su sufrimiento? ¿Podríamos realizar trabajos analíticos a petición de terceros?

Anticipar un diagnóstico en las primeras entrevistas pone en peligro el establecimiento de la transferencia para que, a partir de ella, se pueda seguir escuchando a quien lleva el sufrimiento que posibilitaría una demanda de análisis. La preocupación por el diagnóstico y consecuentemente su cura justificaría la búsqueda de alguien que tenga mucha experiencia con esta enfermedad/síntoma, o sea, un especialista, lo que pondría en peligro la ética del psicoanálisis, o sea, el trabajo con lo inconsciente.

Los efectos de la escucha pueden posibilitar un hacer otro con aquello que atraviesa al sujeto. Proponemos pensar que estos pasan tanto por el analista como por el analizando en la transferencia y que del acto del analista pueden provenir el sujeto y su invención. Estos efectos son algo que se distingue por excelencia del encuentro del sentido.

El analista, desde el corte de su escucha, posibilita el espacio donde el sujeto puede producir ficción en la transferencia. En el seminario *Aún*, Lacan dice “el lenguaje es justo lo que el discurso científico elabora para dar cuenta de lo que yo llamo *lalengua*” (p. 188). Está abordando la relación con el saber y que el lenguaje es una elucubración de saber sobre *lalengua*, mientras que el inconsciente es un saber hacer sobre *lalengua*, está ligado a lo real, al goce, al cuerpo. En este caso, “la interpretación debe siempre -para el analista- tener en cuenta que, en lo dicho, está lo sonoro, y que lo sonoro debe resonar con lo que es del inconsciente” (Lacan, [1975b] 1995, pág. 45).

La relación con *lalengua* trae consigo lo relativo a la imposibilidad de incidencia primaria del tesoro de significantes, ligado a afectos aún enigmáticos por la radical opacidad del saber y que, en todo caso, no está fuera del lenguaje. Es el lugar desde donde el niño la recibe, ya que no aprende *lalengua*, sino que la aprehende. Se trata de una escritura.

Traemos el caso de Daniel. Daniel comienza su análisis a la edad de cinco años. Un niño errante, que deambula, grita mucho y articula solo unos pocos sonidos guturales. Lo único que parece llamarle la atención y detenerlo son las letras: trae páginas de revistas, se la pasa hojeando los libros que encuentra en el consultorio. Le llaman la atención las computadoras, siempre escribiendo el mismo signo en la pantalla –letra, símbolo, lo que sea–, pulsando la misma tecla sin parar. En una de sus sesiones, Daniel entra y se tira al suelo, quedando allí con un juguete en la mano, al que golpea mientras tararea diferentes fonemas. En la sesión aparece “keko”, nombre que se convierte en el nombre del juguete. La analista escribe este nombre en el pizarrón y al mismo tiempo pronuncia su escritura. Daniel se acomoda, se queda parado - por primera vez desde el comienzo de su análisis-, va a el pizarrón, toma una tiza y dibuja allí.

Poco después de esta sesión, llega Daniel y, al entrar a la oficina, bebe el resto del agua de un vaso que encontró. Va hacia la puerta y, cuando su analista le impide salir, empieza a gritar y, con el vaso en la mano, profiere un “agua” difícil pero claro. AGUA que toca a su analista que lo deja salir. Él va a la cocina, llena su vaso de agua y se lo bebe de un trago.

Daniel nos da una pista de que lo que levanta un cuerpo del suelo y le da movimiento incluye la transferencia, lo que hace posible armar pulsión. Cuando decimos armar pulsión estamos suponiendo que hay algo que ya estaba presente anteriormente. Trabajamos con la idea de que lo que tal vez está incrustado, intenta mostrarse, tejerse en busca de una representación, una forma de “pescar”, asir los pequeños puntos de la realidad que buscan una representación ligada al sonido. Como afirma Lacan en “La Tercera” (p. 51), el analista sostiene un discurso que es capaz de soldar el par analista y analizante, y para ello el analista depende de lo real, del semblante.

La forma en que el niño se mueve, gesticula y emite sonidos guturales, nos dice Musolino, en *Pulsión de Sexo*, (2020; p. 47), “(...) se trata de cómo un lenguaje determinado por la inserción del sujeto en la cadena significante durante su salida de la necesaria alienación al Otro, que lo “convierte” en ser de saber y en ser sexuado: sujeto de un lenguaje”.

La forma en que el Nombre-del-Padre está en la madre nos dice cómo la madre puede llegar a relacionarse con la significación fálica. De esta operación, el hijo irá a ocupar un lugar. El alojamiento de este lugar, cuando no hay alteridad en la madre para poder dar el hijo al otro, puede causar una disrupción. En este juego de alienación y separación, quizás se encuentre algo de las dificultades, no sólo de la necesaria salida de la alienación, sino también de los obstáculos a los que la madre lo aliena.

Escribiendo el mismo signo: letra, símbolo o clave, busca el asentimiento del Otro. El analista lee la letra: “es un breve intercambio de miradas fuera del espejo, del que emerge el *Einzigster Zug* freudiano, el rasgo que resulta de este encuentro de miradas”. (KAROTHY, 2019, pág. 222). La emergencia del rasgo unario da lugar a la identificación, la identificación con el rasgo más allá del espejo.

Daniel opera lanzando estos signos y encuentra el lugar del asentimiento del Otro en el analista que se lo devuelve como un signo en el pizarrón, como una interrupción en el teclado, alternando la escritura.

Junto a su analista “bordaba” los trazos, es decir, intercalaba espacios entre los caracteres de la computadora, las revistas, sus hojas, sus babas que deja en algunas superficies, iniciando una lectura sonora de las letras que podrían engancharlo.

El trabajo analítico se teje, se esculpe, se compone como un *ritornello* y así Daniel comienza a dirigirse a su analista, buscando su mano y usándola como una extensión de la suya, para que ella pueda escribir; y, después, es él quien comienza a escribir sólo trazos o, por sí mismo, letras, alternando una escritura “directa” con otra “en espejo”. En el transcurso de estos actos, Daniel comienza a tararear, y luego a articular una pluralidad de fonemas, jugando con los movimientos de su boca –que se retuerce, se estira y ríe.

Para este paciente emerge la pulsión invocante, cuyo filo fue capaz de hacer que su cuerpo se levantara y demandara. Posible efecto de interpretación que es, *a priori*, incalculable. La pulsión invocante cobra aquí su importancia y su filo exige ser considerado y cortado en dos orificios: la voz y la escucha; boca y oído, ahora erógenos. Es a partir de ahí que se pueden reconocer las dimensiones emisiva y auditiva de la voz con la peculiaridad de su sonido, singular y subjetivo de cada hablante, que remite al entrecruzamiento de registros imaginarios y simbólicos. Además, hace posible que el emisor se oiga a sí mismo hablar y, lo que es más importante, que se escuche a sí mismo.

Surge una pregunta: ¿el agujero crea el vórtice o el vórtice en su movimiento hace un agujero? Como señala Lacan (1973-1974, p. 47), “no es impensable que el cuerpo, tal como lo creemos vivo, sea algo mucho más difícil de lo que saben los anatomofisiólogos. Hay, quizás, una ciencia del goce, si podemos expresarlo así”.

Algunos analizantes nos ayudan a leer algo de estos torbellinos, de estos agujeros. Uno de ellos, Armando, un niño de 1 año y 11 meses que, en el colmo de su soledad frente a la multitud que lo rodea, comienza a dar vueltas. Gira, siempre a última hora de la tarde, después de que toda la familia está en casa, entre la tele y el padre. Momento en el que el padre ve su programa favorito en la televisión.

Su giro vuelve loco a su padre, lo enoja mucho y lo maldice fuertemente. Grita diciéndole que deje de hacerlo pronto, porque eso era una señal de autismo. En esos

momentos se repitió la “respuesta” del niño: cayó al suelo llorando, se desplomó y se desmayó, no se durmió, sólo se desmayó.

Toda esta repetición de la escena hizo que la niñera que lo cuidaba se hiciera una pregunta y, luego, una conclusión: “¿Me pregunto qué quiere? ¡Creo que quiere atención!”

Su niñera reúne este tema para que pensemos en la sesión de Armando; y él, escuchando a la niñera contarle la escena al analista, reinicia el torbellino, que lo hizo caer, desplomarse, pero también lo hizo moverse, girando para “llamar la atención”; tal vez en una "apuesta" para ser mirado.

Una experiencia que parece producir éxtasis y angustia, un movimiento intensamente placentero que bordea el gesto de perderse, de no saber dónde está la tierra, el cielo, a derecha o izquierda. Así, se va perdiendo, o se va desprendiendo.

Se siente como una pérdida de experiencia de goce. Pronto, estos fragmentos del yo se recompondrán. Similar a lo que dice Lacan sobre los elementos distribuidos, fragmentados, que de repente constituyen una molécula, hacen un punto, un nudo, una letra.

Ese punto, ese nudo, esa letra, configuraban una función, configuraban algún movimiento; por eso mismo, al configurar una función, el objeto podía caer.

En ambos casos, el de Armando y el de Daniel, aparece la cadencia, que marca ritmo, que aviva un cuerpo. Pero para que haya cadencia, ritmo, algo tiene que operar entre un espacio, un espacio vacío, de silencio, un silencio.

Como nos recuerda Lacan sobre la segunda tópica de Freud, este es un lugar, un lugar de silencio, un vacío inaugural, un lugar que anticipa el campo del lenguaje, que precipita la letra, que torna posible que una nada, una especie de vacío arme pulsión, arme una demanda, tal vez demanda de amor.

Es precioso que el significante que emerge de la escena analítica de Daniel sea el AGUA, fruto de la experiencia de haber encontrado a un otro que escucha su vacío, escucha esa parte del cuerpo que se ha vaciado o que por ahora no se ha compuesto, no se ha substancializado.

Agua de baba, agua de vaso, agua corporal, grito, madre agua de mar, palabrear un líquido.

Similar a esto es lo que habla Freud sobre el ombligo del sueño. Ahora el ombligo está en un punto límite de asociaciones, eso que en asociación libre sobre un material onírico se satura, se vacía y se acerca al vacío. Ahora bien, podríamos pensar, por el nombre elegido por Freud, ombligo, que podría ser una especie de punto de origen, de emergencia, algo inaugural. Eso que, antes de tener vida, ya está inaugurado: el feto del verbo, de la vida, del ser.

La cadencia del cuerpo, de donde emerge el ombligo de un sueño, la cadencia pulsional, un balancín compuesto por la pulsión de vida y la pulsión de muerte, el agujero del remolino pulsa ante el analista. En esta cadencia, pasa a pensar que el vacío que posibilita la aparición de una molécula de ADN, posibilita una letra que se decanta de allí y es algo de *lalengua*.

Un agujero de torbellino no sería un agujero de inexistencia sino de ex-sistencia, el agujero del que, tal vez, surge la vida, ya que lo que “ex-existe, ese sería el origen” (LACAN, 1973-1974, p 102).

Lacan, en *La Tercera*, nos dice:

¿En qué consiste lo que escribí, a nivel del círculo de lo real, la palabra “vida”? Es que, indiscutiblemente, de la vida, después de ese vago término que consiste en anunciar el goce de la vida, de la vida no sabemos nada más, y a lo único que nos lleva la ciencia es a ver que no hay nada más real, digan lo que digan, nada más imposible que imaginar cómo podría empezar esta construcción química, que a partir de elementos repartidos en lo que sea y que de alguna manera lo queramos calificar por las leyes de la ciencia, de pronto comenzaría a construirse una molécula de ADN, es decir, una cosa que ya resalté para ustedes que muy curiosamente, ahí es cuando ya se puede ver la primera imagen de un nudo, y que si hay algo que nos debe sorprender es que se haya notado tan tarde que algo en la realidad -no poca cosa, la vida misma- se estructura de un nudo. ¿Cómo no sorprenderse de que, después de eso, no encontremos por ninguna parte, ni en la anatomía ni en las plantas trepadoras que parecían hechas expresamente para este fin, imagen alguna de un nudo natural? Les voy a sugerir algo: ¿no sería eso cierto tipo de represión, de *Unverdrängt*? De todos modos, aun así, no soñemos demasiado, tenemos mucho que hacer con nuestros rastros. (LACAN, [1974] 2002, p. 67).

Quizás podamos leer en esto lo que señala Lacan, algo cercano a lo que Freud llama el ombligo de los sueños. Un nudo, un punto, quizás una letra que nos informa de un

vacío, de una nada que, por alguna razón, se ha puesto en marcha. Cómo leer los efectos de esta marca de escritura, en el análisis de los niños, desde la orilla del aluvión del lenguaje, tales marcas primordiales, vestigios y huellas aún no inscritas, que aún componen el campo de la percepción y que necesita ser leído en transferencia para que pueda ser borrado y retranscrito, para que haya, entonces, inscripciones significativas, como señala Freud en la Carta 52?

Algunos tenemos la experiencia de recibir a un niño y, a partir de la escucha en transferencia -ésta que no es un medio, sino un resultado²-, manteniendo una atención flotante y disponible, presenciando que la asociación libre va sucediendo, desarrollándose desde el primer encuentro, ser tontos del inconsciente que, al fin y al cabo, es nuestra única herencia de conocimiento, como refiere Lacan (1973-1974). ¿Es posible, en esta experiencia de escucha, formular la hipótesis de una diferencia respecto al análisis de un niño?

El analista necesita disponer nada menos que de algo de lo que ni él mismo tiene una noción clara, dejándose llevar en la oscuridad -como en un encuentro entre el artista y el vacío de la tela en blanco-. Soportando el no saber, los ecos lejanos de *lalangue*, de la intermitencia, *ritornellos*, cacofonías y modulaciones propias de un decir. Es con esta escucha, desde su propio inconsciente, que hará posible que se manifieste la sonoridad del significante, el juego del pequeño *ser parlante*.

Jugar no se trata de ofrecer un protocolo de juegos o materiales específicos, sino de que el analista deje un espacio libre para brindar oportunidades a la manifestación que pueda surgir en la transferencia. En algunas circunstancias, un niño, en un tratamiento analítico, puede solicitar ciertos materiales que pueden servir de soporte para la expresión gráfica o tridimensional, o la actuación, en el caso de la puesta en escena y los juegos. O

² "Porque la transferencia no es un medio, es un resultado. Un resultado que reside en que la palabra, por medio de ella, medio de palabra, se revela algo que no tiene nada que ver con ella; muy precisamente el saber, que existe en el lenguaje." (LACAN, 1973-1974, p. 60).

simplemente use un gesto para pedir agua y comience desde allí una demanda. Es necesario escuchar estas “producciones” del mismo modo que Freud recomendaba escuchar los relatos de los sueños, sabiendo, en primer lugar, que no se trata de un significado a buscar y definir, que ahí está el “ombigo de sueños” y, algunas veces, el sonido es del epicentro del torbellino, como se dijo anteriormente: todavía no audible, solo ecos quizás, pero siempre algo que necesita atesorarse y, por lo tanto, ser considerado.

Este es el desafío en el análisis de los niños, es decir, dejar de lado ciertas expectativas de producir resultados, especialmente en relación con los padres, las instituciones escolares y los supuestos de curación, dado que es una práctica que "se fundamenta en la ex-sistencia del inconsciente" (LACAN, 1974-1975, p. 257).

Seguimos preguntándonos y poniéndonos manos a la obra ante las exigencias de nuestros tiempos y con un bien decir lejos de un querer el bien.

Referencias bibliográficas:

EVANS, E. Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano. Buenos Aires: Paidós, 2008.

FREUD, S. (1913). Sobre el inicio del tratamiento. In: _____. Fundamentos de Clínica Psicanalítica. Obras incompletas de Sigmund Freud. Belo Horizonte: Autêntica Editora, 2019.

_____. (1910) Las perspectivas futuras de la terapéutica psicoanalítica. En: _____. Obras Completas de Sigmund Freud. Rio de Janeiro: Imago Editora, 1996.

KAROTHY, R. El niño, el espejo y la mirada. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial Lazos, 2019.

LACAN, J. (1953) Función y campo del habla y del lenguaje. En: _____. Escritos. Rio de Janeiro: JZE, 1998.

_____. (1957) La instancia de la letra en lo inconsciente o la razón desde Freud. En: _____. Escritos. Rio de Janeiro: JZE, 1998.

_____. (1959 - 1960) El Seminario: libro 7. La ética del psicoanálisis. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 1997.

_____. (1964) El Seminario: livro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Rio de Janeiro: JZE, 1998.

_____. (1971) Lituratierra. En: _____. Otros Escritos. Rio de Janeiro: JZE, 2003. pp. 15-28.

- _____. (1971-1972) El saber del psicoanalista. Recife: Centro de Estudos Freudianos do Recife. Publicación para circulación interna, no comercial. 1997.
- _____. (1972 -1973) El Seminario: libro 20. A ún. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 1985.
- _____. (1973 -1974) Los no incautos erran. Salvador: Espacio Moebius, 2016.
- _____. (1974) La Tercera. En: Cuadernos de Lacan. Vol. 2.: Asociación Psicoanalítica de Porto Alegre. Publicación no comercial de circulación interna de APPOA, 2002.
- _____. (1975) Conferencia de Ginebra sobre el síntoma. Opción Lacaniana. Revista Brasileña de Psicoanálisis. San Pablo, n. 23, pp. 6-16, 1998.
- _____. Conferencias en los EUA (1975b). Recife: Centro de Estudios Freudianos de Recife, 1995.
- LANIUS, Manuela. Cuerpo em exhibición: consecuencias clínicas de la relación cuerpo/discurso. 2015. 167 f. Tesis (Doctorado en Investigación Clínica en Psicoanálisis) - Universidad del Estado de Rio de Janeiro, Rio de Janeiro, 2015.
- LEITE, E. A. F. Lenguaje y voz: algunas consideraciones sobre modos de hablar y escuchar. En: Rev. Assoc. Psicoanalítica de Porto Alegre, n. 48, pp. 103-111, en. 2015/jun. 2015.
- MILNER, J. C. O Amor de la Lengua. San Pablo: Editora UNICAMP, 2016.
- MUSOLINO, M. Pulsión de Sexo. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Antonio Giménez, 2002.
- SOLER, C. Lacan, lo inconsciente reinventado. Rio de Janeiro: Cia. de Freud, 2012.